



Puente Democrático

Documentos

Año IX Número 35 - 24 de marzo de 2011

El periodista inglés Robert John Cox El gran héroe liberal durante la dictadura militar argentina

*“Si la libertad significa algo, es el derecho de decirles a los demás lo que no quieren oír”
George Orwell*

Uno de los grandes héroes en la defensa de libertad de expresión y los derechos humanos durante la dictadura militar argentina (1976-1983), fue el periodista inglés Robert John Cox, director del Buenos Aires Herald. Su hijo David, también periodista, escribió recientemente el libro que Bob Cox nunca pudo concretar, quizás por los tristes recuerdos de esa época e, inclusive, porque a pesar de la extraordinaria ayuda que brindó, considera que pudo haber hecho todavía aún más de lo que hizo en salvar vidas. Acusado al mismo tiempo de ser comunista y agente de la CIA, Cox fue un duro “crítico de los grupos guerrilleros, de los elementos derechistas fuera de control y del terrorismo de estado”. Fue el primero en publicar sobre las Madres de Plaza de Mayo, y el Herald el único medio en brindar la noticia sobre los desaparecidos. El libro de David Cox “Guerra sucia, secretos sucios - La vida de Robert J. Cox, el periodista que hizo su trabajo: publicar lo que otros callaban (Sudamericana, 2010)”, sobre la historia de su padre, Robert Cox, ofrece una visión objetiva de una etapa trágica y polémica de los años sesenta y setenta en la Argentina. La historia del trabajo periodístico de Bob Cox es tanto una respuesta al relato kirchnerista que considera como idealistas a los jóvenes que en lugar de defender la democracia eligieron la violencia como método de acción política; como al de ese sector remanente de la derecha liberal-conservadora que, justificando los excesos de los militares, “trágicamente equivocados, llegan a creer que una forma de terrorismo puede protegerlos de la otra”.

Por Gabriel C. Salvia



Puente Democrático es un proyecto del Área Apertura y Desarrollo Político del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), cuyo objetivo es promover globalmente la defensa de las libertades civiles y políticas.

Al cumplirse el 35° aniversario del golpe militar que dio inicio al período más negro de la historia argentina, por la cantidad y crueldad de los crímenes cometidos desde el aparato gubernamental, hay que empezar por recordar que en esos años de plomo “Todo el mundo había encontrado una manera de vivir ignorando por completo el problema de los desaparecidos, con unas pocas excepciones”. Una de ellas fue la del periodista Robert John Cox. Este Documento está basado en la lectura del libro de David Cox “Guerra sucia, secretos sucios - La vida de Robert J. Cox, el periodista que hizo su trabajo: publicar lo que otros callaban (Sudamericana, 2010)” y ofrece una reflexión final sobre las contradicciones de los referentes liberales locales por la justificación o silencio cómplice en las violaciones a los derechos humanos en la Argentina.

Un hombre hace lo que tiene que hacer

El periodista inglés Robert John Cox, entonces director del Buenos Aires Herald, fue uno de los grandes héroes en la defensa de libertad de expresión y los derechos humanos durante la dictadura militar argentina (1976-1983). Por su compromiso profesional y humanitaria labor durante la dictadura militar, el 3 de noviembre de 2009 Robert Cox fue declarado por la Legislatura porteña ciudadano ilustre de la Ciudad de Buenos Aires por su incansable lucha en defensa de los derechos humanos; y el 22 de noviembre de 2010 el Senado de la Nación Argentina le otorgó a Cox la Medalla Conmemorativa del Bicentenario de la Revolución de Mayo 1810-2010, con el objetivo de resaltar su lucha en defensa de la democracia, la libertad de expresión y los derechos humanos.

Recientemente, su hijo David, también periodista, escribió el libro que Bob Cox nunca pudo concretar, quizás por los tristes recuerdos de esa época e, inclusive, porque a pesar de la extraordinaria ayuda que brindó, considera que pudo haber hecho todavía aún más de lo que hizo en salvar vidas. El libro de David Cox “Guerra sucia, secretos sucios - La vida de Robert J. Cox, el periodista que hizo su trabajo: publicar lo que otros callaban (Sudamericana, 2010)”, es la historia de un héroe, pero además, una excelente crónica de veinte años de la historia argentina, entre 1959 y 1979. El texto se apoya en los diarios personales del propio Robert Cox, su esposa Maud, el autor, y lo publicado en ese período en el Buenos Aires Herald.

Este libro atrapa al lector, muestra a un héroe de carne y hueso, y muy especialmente, ofrece un testimonio objetivo sobre el aparato de terror del régimen militar que se inició el 24 de marzo de 1976 y de la violencia y desgobierno político de los años que lo precedieron.

En forma resumida, David Cox le dedica dos capítulos a la vida del joven Bob Cox, quien nació en Inglaterra el 4 de diciembre de 1933. Robert John Cox, cuyo padre, Edward John Cox fue un veterano de la Primera Guerra Mundial, se

inició en el periodismo a los 14 años, trabajando gratis en la East Essex Gazette. Admirador del genial George Orwell (Eric Arthur Blair), Robert Cox fue reclutado al servicio de la Royal Navy durante el conflicto de Corea, y al regresar ingresó como reportero en el East Anglian Daily Times y luego en el Hull Daily Mail.

Se incorporó al Buenos Aires Herald en 1959, luego de responder a un aviso clasificado que buscaba “un joven periodista británico para un puesto en un diario en Buenos Aires”, y en menos de diez años llegó a ser su editor. Cuando viajó en barco a la Argentina tenía 26 años. Durante su trabajo en el Buenos Aires Herald también fue corresponsal extranjero para diarios de los Estados Unidos, como el Washington Post.

Sobre la labor de Robert Cox durante la dictadura, Jorge Luis Borges expresó: “Un hombre hace lo que tiene que hacer, señor Cox. Yo me encuentro entre sus admiradores”. Precisamente, a una figura influyente como Borges –a quien se le reprocha un encuentro con el dictador chileno Augusto Pinochet- la tarea de Cox lo motivó al escritor para luego criticar al gobierno militar argentino durante un viaje a España. Acusado al mismo tiempo de ser comunista y agente de la CIA, Cox fue un duro “crítico de los grupos guerrilleros, de los elementos derechistas fuera de control y del terrorismo de estado”. Fue el primero en publicar sobre las Madres de Plaza de Mayo, y el Herald el único medio en brindar la noticia sobre la desaparición de Alfredo Bravo –activista de Derechos Humanos- la del periodista Oscar Serrat, de Associated Press, del arresto de Adolfo Pérez Esquivel –Premio Nobel de la Paz en 1980, entre otras cosas gracias a las gestiones de Cox-, del editor de la revista Mercado – Julián Delgado-, y del entonces joven periodista Jorge Fontevicchia –director de La Semana- detenido luego de realizarle una entrevista a la cantante Mercedes Sosa, censurada por la dictadura.

Por cierto, el protagonista de este libro tiene una esposa – Maud- que no se queda atrás en materia de convicciones sobre los derechos humanos. Por ejemplo, David Cox relata el famoso episodio en la reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en Santiago de Chile, en la cual habló el dictador Augusto Pinochet, resaltando la “importancia de la libertad de prensa” que el mismo pisoteaba. Maud se rehusó a quedarse en la sala y Bob Cox la acompañó al hall de entrada. Luego de concluir el discurso, Pinochet se retiró y al salir se cruzó con Maud, quien en plena cara le dijo que era un asesino. David relata que “Pinochet de detuvo en seco, y sus guardaespaldas lo imitaron. La miró directo a los ojos y continuó su camino en silencio”.

El libro también menciona las entrevistas de Robert Cox al padre del Che Guevara, a V. S. Naipaul, quien en 2001 recibiría el Premio Nobel de Literatura, y al propio dictador Jorge Videla, a quien –en una reunión con otros dos colegas-

le expresó que las desapariciones continuaban y le preguntó si no pensaba detenerlas.

El libro deja al lector con una enorme intriga sobre uno de los participantes en la reunión con Videla y de otros periodistas, cuyos nombres no menciona, que tuvieron actitudes cómplices o desinterés en hablar sobre lo que estaba sucediendo. Como contrapartida, algunos militares felicitaron reservadamente a Cox y al Herald por la defensa de la democracia y los derechos humanos.

También aparecen en el libro celebridades como el actor Guy Williams (Armando Catalano), el protagonista de la serie El Zorro, quien vivió varios años en Buenos Aires y murió en su departamento de Recoleta. Amigo de la familia Cox, en una ocasión Bob le preguntó al popular actor: ¿Por qué era tan popular en este país? Para David Cox, “En la Argentina, el enmascarado representaba algo más grande que la vida misma. El Zorro corregía los males que los tiranos imponían a sus ciudadanos”.

En especial para las generaciones más jóvenes, las que no vivieron ni la época de la dictadura, ni la previa -ese gobierno anárquico que fue la presidencia de Isabel Martínez de Perón- es fundamental poder tomar contacto con este tipo de bibliografía, sobre protagonistas de este período cuya labor goza de gran reconocimiento y credibilidad.

Por eso mismo, el periodista Darío Gallo propuso con mucha lógica “que sea incluido en algunos planes de estudio” y que “debería ser un libro obligatorio por lo menos en las carreras de periodismo”.

El periodista que hizo su trabajo

Para comprender el contexto periodístico del período de la dictadura militar, “Seis días después del juramento oficial del nuevo gobierno, el régimen censuró a los medios. La mayoría de los diarios y emisoras de radio y televisión aceptaron la censura, aun sabiendo que la Constitución argentina la prohibía. La mayoría de los editores cooperaron en silencio con la ‘lista de principios y procedimientos’ emitida por la Junta. El editor del Buenos Aires Herald no cooperó. Para Cox era obvio que alguien, desde el ámbito de las fuerzas armadas, había ordenado los asesinatos y las desapariciones y quería llamar la atención sobre el continuo terrorismo de Estado. Menos de una semana después del golpe, el Herald informó que se habían encontrado veintiséis cuerpos quemados, volados en pedazos y acribillados a balazos en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores”.

Mientras en esos años de persecución política, la joven pareja de Néstor y Cristina Kirchner, por ejemplo, se dedicaban a los prósperos negocios en Santa Cruz, Robert Cox concurría a hablar solitariamente, en la madrugada, con quienes formaban una larga cola en una oficina del gobierno cerca de la Plaza de Mayo, donde se atendían diez pedidos por día sobre reclamos de personas desaparecidas. Luego, familiares de desaparecidos irían directamente a las oficinas del Buenos

Aires Herald a informar sobre sus casos a Robert Cox y sus colaboradores, destacándose entre ellos Uki Goñi.

Muchas desapariciones fueron publicadas en el Buenos Aires Herald, incluso en la tapa del diario, logrando en varias oportunidades la aparición con vida. Y cuando se publicaron solicitadas reclamando por los desaparecidos, el diario no cobró por ello.

El 24 de abril de 1977 Robert Cox fue detenido y encerrado en el Departamento Central de Policía, en el mismo grupo de celdas donde estaba Jacobo Timerman. Fue acusado de violar las restricciones de prensa basadas en esas normas de la dictadura, relacionadas con “la seguridad nacional y la subversión”, típicos pretextos de los regímenes represivos. El juez lo dejó libre bajo fianza a raíz de la creciente presión internacional, que incluía hasta el Secretario de Estado norteamericano Cyrus Vance, autor de una frase para enmarcar: “No se violan los derechos humanos para protegerlos”.

Por las amenazas recibidas, incluso una muy directa del almirante Emilio Eduardo Massera, debió abandonar la Argentina en diciembre de 1979. En su editorial de despedida, entre otras frases memorables, deja una que representa toda una lección en el ejercicio de la libertad de prensa: “La mayor dificultad para un periodista que ha trabajado en la Argentina en los últimos diez años ha sido decirle a sus lectores lo que no querían escuchar y señalarles lo que no deseaban ver”.

El apoyo incondicional de Peter Manigault

Corresponde en este Documento hacer una referencia a Peter Manigault pues, sin su apoyo incondicional, Bob Cox no hubiera podido realizar las acciones que lo han convertido en un adalid de la libertad de prensa en la Argentina.

Peter Manigault, editor de periódicos norteamericanos que adquirió el Buenos Aires Herald a fines de 1968, era un demócrata liberal pro mercado al igual que Robert Cox. En una región donde, como afirma el politólogo chileno Ignacio Walker, los liberales estuvieron más con las dictaduras que con la democracia, es llamativo que fueran un norteamericano y un inglés quienes casi excepcionalmente defendieron en los 60 y 70 las libertades civiles, políticas y económicas.

Por ejemplo, “Manigault votó a favor de la resolución de la Asociación Interamericana de Prensa de solicitar a los líderes de todas las naciones americanas que presionaran a la junta militar de Panamá para restaurar la libertad de prensa en esa conflictiva nación”. Asimismo, cuando el nuevo gobierno militar de Perú había censurado a la prensa, Manigault advirtió que la democracia, la libertad de expresión y el capitalismo eran esenciales en América Latina, independientemente de quién estuviera en el poder: la nueva izquierda, la vieja derecha o un gobierno híbrido”. Así, se adelantó casi treinta años a lo que algunos analistas denominan

hoy “liberalismo progresista”, en referencia a los exitosos gobiernos de la izquierda democrática en países como Chile, Brasil, Uruguay y Perú.

La contratara de Cox: el papel de los liberales durante la dictadura militar

El libro de David Cox sobre la historia de su padre, Robert Cox, es tanto una respuesta al relato kirchnerista que considera como idealistas a los jóvenes que en lugar de defender la democracia eligieron la violencia como método de acción política; como al de ese sector remanente de la derecha liberal-conservadora que, justificando los excesos de los militares, “trágicamente equivocados, llegan a creer que una forma de terrorismo puede protegerlos de la otra”. La lectura del libro de David Cox deja bien en claro que las personas cultas, informadas e influyentes, no podían argumentar que no sabían lo que estaba pasando entonces. Probablemente, algunos desconocían el nivel de la represión y hasta qué punto habían llegado los métodos de crueldad empleados por los militares. Ahora, respecto a los referentes liberales, es un principio básico del liberalismo que la concentración del poder provocará excesos por parte de quienes lo detentan, en este caso, los militares.

Sin embargo, en lugar de haber participado en los organismos de Derechos Humanos o utilizar otros medios para defender las libertades civiles y políticas, los empresarios e intelectuales liberales crearon en 1978 una escuela de posgrado –que se jacta de ser la primera en la Argentina– para enseñarle economía de mercado a los militares!

Es que el gran problema del establishment académico-empresarial pro-mercado es su cerrada visión economicista, muy bien descrita por el flamante Premio Nóbel de Literatura, Mario Vargas Llosa: “Hay liberales, por ejemplo, que creen que la economía es el ámbito donde se resuelven todos los problemas y que el mercado libre es la panacea que soluciona desde la pobreza hasta el desempleo, la marginalidad y la exclusión social. Esos liberales, verdaderos logaritmos vivientes, han hecho a veces más daño a la causa de la libertad que los propios marxistas”.

Igualmente, desde el punto de vista político y moral, hay que remarcar que increíblemente todavía hay personas vinculadas a estos sectores empresariales y académicos argumentando que en la Argentina hubo una guerra y que ganó su bando, por lo cual los militares argentinos impidieron la instalación de un gobierno comunista en la Argentina. Es decir, reconocen que el fin justifica los medios.

En algunos casos puntuales, es doblemente contradictorio escuchar el aval al terrorismo de estado por parte de personas que se dicen liberales y al mismo tiempo profesan la fe católica. Pues si para impedir una revolución socialista armada fue necesario recurrir a métodos como el de torturar a un joven, casi un niño, como Floreal Avellaneda,

introduciéndole una picana por la vía anal hasta matarlo, entonces es preferible que triunfe el comunismo.

Por otra parte, ¿cómo se entiende que un gobierno militar supuestamente anticomunista haya sido un aliado comercial de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y también recibiera el apoyo clave de la revolución cubana para no ser condenado en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU?

Y a diferencia de los Chicago Boys con Pinochet en Chile, los liberales argentinos no lograron incidir en una política económica pro mercado, tanto por el espíritu nacionalista de los militares, el reparto de los organismos públicos como un botín entre las tres Fuerzas Armadas y porque al equipo más preparado para ello, con Roberto Alemann como Ministro de Economía, la guerra de Malvinas le impidió llevar adelante sus planes. Hay que tener en cuenta que Pinochet estuvo diez años más en el poder que los militares argentinos y las reformas económicas pro mercado se iniciaron allí nueve años después del golpe de 1973.

Lo anterior también tira por la borda la tesis conspirativa de ciertos sectores de la izquierda criolla que han inventado el discurso de que el golpe militar del 76 fue un plan civil para instalar un modelo “neo-liberal” en la Argentina. Además de refutar esa teoría los datos objetivos, como las medidas de política económica de los militares, ¿por qué entonces fue el gobierno peronista de Carlos Menem el que recién en la segunda mitad del año 1989 inició un proceso de apertura económica, incluyendo en los noventa a las privatizaciones de empresas públicas?

Curiosamente, respecto al papel cómplice de los liberal-conservadores durante la dictadura militar, hay que aclarar que fue precisamente el principal referente político y económico de este sector, Álvaro Alsogaray, quien el 20 de marzo de 1976 se oponía a un eventual golpe de estado, a través de un editorial donde expresaba: “Nada sería más contrario a los intereses del país que precipitar en estos momentos un golpe... Los actuales líderes políticos, sindicales y empresariales crearon el caos actual. Por lo tanto son los únicos responsables, los verdaderos y exclusivos culpables de esta gran frustración argentina, y a ellos incumbe enfrentar las consecuencias y resolver, si pueden, el drama en que han sumido al país... un golpe de estado prematuro crearía a sus autores problemas casi insolubles para los cuales no se han preparado. No deberíamos caer en el error de dar un paso en falso. No necesitamos un golpe de estado”.

A partir del golpe del 76, el ingeniero Alsogaray sería un gran crítico de la política económica de José Alfredo Martínez de Hoz, llegando a cuestionar incluso el despilfarro de recursos para la realización del Mundial de Fútbol de 1978 a través de la empresa estatal EAM 78, mientras muchos que hoy se presentan como defensores de los

Derechos Humanos participaron en la película “La fiesta de todos”, colaborando así con el aparato propagandístico de los militares. Y en 1982, Alsogaray se opuso a la Guerra de las Malvinas, siendo junto a Arturo Frondizi uno de los pocos políticos que no aceptó la invitación de los militares de viajar a Puerto Argentino a izar la bandera nacional.

Con el retorno a la democracia en 1983, Alsogaray fue electo Diputado Nacional por la Capital Federal y respecto a los crímenes de la dictadura militar acuñó la desafortunada frase

de que “los desaparecidos eran muertos en combate”, a pesar que la represión alcanzó en Tucumán a un sobrino suyo.

En definitiva, si una lección ha dejado a los liberales lo sucedido durante la dictadura militar argentina, es que al igual que lo hizo Cox como periodista, la defensa de las libertades democráticas fundamentales y el estado derecho, es decir, los Derechos Humanos de primera generación, siempre tienen que ser sus prioridades.